

Sacheri, Eduardo (2022). *Los días de la revolución. Una historia de Argentina cuando no era Argentina (1806-1820)*. Alfaguara, 288 p. Argentina.

ISBN: 978-987-738-925-8


Camilo Lautaro Arroyo

 <https://orcid.org/0009-0001-3993-7891>

Universidad de Buenos Aires

Facultad de Filosofía y Letras

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

 arroyolautarocamilo@gmail.com



Los días de la revolución. Una historia de Argentina cuando no era Argentina (1806-1820) de Eduardo Sacheri es un logrado ejercicio de divulgación histórica que se propone un público amplio y ajeno a la disciplina. El autor se esfuerza en aclarar que no se considera historiador, si no un profesor de historia —devenido ahora en divulgador— que media entre ese conocimiento producido académicamente y la sociedad. Tal ejercicio cuenta, pues, con relativo éxito: el libro resume y expone avances historiográficos no tan novedosos pero que, habiendo logrado cierto consenso entre los especialistas, no han penetrado aún en los grandes círculos externos a la academia.

En efecto, la obra exhibe manifiestos al menos dos fundamentos teórico-metodológicos para el abordaje de cualquier fenómeno histórico. El primero es el reconocimiento de la conjunción

constante de las diversas temporalidades históricas. Si bien se esquematiza demasiado su homologación de los diversos alientos temporales con las facetas diferentes de la realidad social como la economía, las mentalidades y la política, el autor reconoce la yuxtaposición de procesos de larga duración con los momentos de aceleración que significan las revoluciones.¹ Asimismo, la interrelación de estos tiempos múltiples trama su propia narración. En concreto, de los tres “actos” (o secciones) del libro, la primera se corresponde con un análisis de larga duración que estudia el asentamiento colonial en la América hispánica, pues el autor arguye que en esos capítulos repasa estrictamente el plano social y económico. Las dos secciones restantes se ocuparán de los eventos acaecidos entre 1806 y 1820, lo cual demostraría la aceleración en el plano político, abierta por la invasión napoleónica a la España borbónica. Al mismo tiempo, ese “primer acto” hace de preludio al tema central del libro, plasmando un introductorio recorrido de la formación del Virreinato del Río de la Plata, escenario de la revolución en 1810.

El segundo fundamento es la insistencia sobre la desventaja de moralizar o politizar la historia. Es claro que Sacheri lleva razón en este punto, juzgar a los personajes históricos con nuestra moralidad actual es menos fructífero que intentar una comprensión global y multicausal de los procesos sociales, y de las decisiones de los individuos que influyeron ocasionalmente en ellos. No obstante, la rotunda crítica hacia las posiciones de historia militante o (lo que el autor llama) historia circular —que explica la actualidad en parangón y génesis con el pasado lejano— olvida que el juicio del historiador es inevitable, y que su subjetividad y su ideología es mejor asumirlas que negarlas. Por lo demás, la advertencia y crítica hacia el maniqueísmo reincidente en la interpretación de la historia nacional no es ociosa ni excesiva.

En cuanto a la especificidad de la historia *argentina*, la gran premisa de la obra es que justamente el gentilicio “argentino” es errado para acometer cualquier intento de intelección sobre la época. La negación de la preexistencia de la nación a los acontecimientos de los albores del siglo XIX es algo común al grueso de la historiografía argentina, mas no es lo suficientemente extendido en la sociedad. Por otro lado, como todo historiador² que se aboque al Río de la Plata decimonónico, Sacheri parece ser tributario de Halperín Donghi. El foco en las élites porteñas y la transformación económica de la clase dominante son testimonio de ello. De tal manera, las últimas dos terceras partes del libro se centran en las clases altas y parecen adolecer de “porteñocentrismo”. Esto no es necesariamente un error o falencia del libro;

¹ Distingue cuatro tiempos. De cadencia más vertiginosa a ritmo más pausado, el orden es: la política, la economía, las formaciones sociales y finalmente la cultura; por este último el autor entiende algo similar a las mentalidades, lo llama “esquemas de pensamiento”. Subrayo la simplificación en tanto el tiempo de la economía, de la sociedad o el de las mentalidades no escapa a momentos de aceleración que representarían una verdadera revolución; no se mantienen siempre cadentes y acompasados.

² Entiendo al historiador, a diferencia de Sacheri, como todo aquel que se dedique a la formación continua y multidimensional del conocimiento histórico: la investigación, la enseñanza, la divulgación.

toda obra debe asentar un recorte, y el que Sacheri evoca es de los más trabajados en nuestra historiografía.

Sin dejar de ser consciente de esto, en las últimas páginas el autor nos regala recomendaciones bibliográficas tanto para explorar las facetas del proceso y los enfoques interpretativos menos representados en el libro, como para profundizar en los trabajos que nutrieron al mismo. Esta suerte de epílogo resulta valiosa porque muestra la seriedad historiográfica con que se realizó la obra —toda referencia bibliográfica o invocación a fuente alguna es ausente en el resto del trabajo.

Por último, y en cuanto a un apartado más formal, el libro se encuentra escrito de manera amena, que se aleja de la prosa especializada del género académico para buscar penetrar en un público mayor. De tal manera, las irrupciones esporádicas de lenguaje coloquial y las metáforas referentes al fútbol y la música no sólo recuerdan a la obra literaria del autor, sino que también benefician al manejo del libro en escuelas secundarias y su lectura por parte de personas desacostumbradas a las obras historiográficas.

En suma, la conciliación literaria de Eduardo Sacheri con su profesión de estudio deja saldos positivos. Acerca una vez más los consensos historiográficos (si se los puede llamar así) de las últimas décadas a la sociedad externa al campo específico. Y nos deja asimismo una certeza: la divulgación histórica es una práctica necesaria y valiosa, que se encuentra lejos de estar agotada por más trabajos de peso que se hayan realizados al respecto.